



DISCURSO EGRESADO

PED. RELIGION Y FILOSOFIA

NOVIEMBRE 2024

Mireya Osorio O.

- GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL MAULE, **MONSEÑOR GALO FERNANDEZ VILLASECA**
- RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL MAULE, **DOCTOR CLAUDIO ROJAS MIÑO**
- ESTIMADOS Y ESTIMADAS **AUTORIDADES UNIVERSITARIAS**
- SALUDO A NUESTROS ACADÉMICOS Y ACADÉMICAS, AL PERSONAL ADMINISTRATIVO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS RELIGIOSAS Y FILOSOFICAS.
- A NUESTROS FAMILIARES Y AMIGOS QUE NOS ACOMPAÑAN EN ESTE MOMENTO SIGNIFICATIVO
- SEÑORAS Y SEÑORES.

Me dirijo a ustedes en este día, que culmina con una etapa de la vida de todos nosotros, exestudiantes, profesores y familias. En mi caso, con la debida nostalgia que este momento evoca, me permito iniciar este viaje enviando a cada uno de ustedes un abrazo inmenso. Simbólicamente esta ceremonia pone fin a nuestra etapa estudiantil. Sin embargo, cada uno de nosotros ha tomado ya su rumbo hace tiempo por el sendero de la pedagogía.

Con la intimidad que nos concierne, he de confesar lo abrumadora que ha resultado esta experiencia debido a la gran desconexión que existe entre el mundo académico y laboral.

Una vez, no hace mucho tiempo, una persona a la que aprecio muchísimo y que hoy me acompaña, me dirigió una sentencia que nació desde su sabiduría reveladora, la sabiduría que solo se adquiere con el paso de los años, mientras yo me lamentaba por tener que ir a trabajar al día siguiente. Me comentó: “cuando era niño soñaba con estar en el lugar de alguien más, alguien que, según mi perspectiva, estaba en una posición más ventajosa que la mía. Luego llegué hasta ese lugar y, apenas arribé esas aguas, quise estar en un lugar distinto. Ahora me encuentro aquí, casi al ocaso de mi vida, queriendo ser niño otra vez. La vida se inicia a la falda de un monte, en algún momento estás en la cima y luego, de improviso, empieza tu cuenta regresiva”. Esto me recordó al poema del gran Calderón de la Barca, que reza: “Yo sueño que estoy aquí, destas prisiones cargado; y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

En efecto, la vida, en su ruedo frenético, se asemeja a nada más que un sueño. Sin prejuicio de lo anterior, que la vida parezca, por su irreparable levedad, una ilusión a la que no podemos hacer frente no significa que esté asegurado el naufragio. No se puede escoger el puerto, pero sí el barco. Esta percepción onírica de la vida puede tomar dos rumbos: la primera, que una ilusión no vale la pena ser vivida. La segunda que, en un estado onírico, no existe lo imposible.

Sin duda, de todas labores que existen, nosotros hemos decidido embarcarnos en una de las más desafiantes e incomprensibles. Si la labor pedagógica ya es lo suficientemente enorme por estar a cargo de los estándares culturales mínimos que deben poseer los jóvenes año a año, debemos añadir a eso que nuestra tarea en particular se basa en el ejercicio del juicio crítico y la emancipación de la razón, así como en el fortalecimiento del espíritu.

Esto parece inverosímil insertos en un contexto en que, hacer parir a la razón y hacer crecer el espíritu, son dos de las cosas más abandonadas por la humanidad debido a la cultura de consumo en que habitamos. En medio de todo esto, de abandonos parentales a causa de trabajos infames, de contextos familiares hostiles, del hambre canalla, de la miserabilidad que muchos de nuestros estudiantes deben soportar a causa de sus condiciones materiales

(y, en ocasiones, también nosotros), es nuestro trabajo enseñar a nuestros estudiantes, por una parte, que deben hacerse dueños de su destino, ser críticos de sí mismos y de su entorno y, por otra, que hay algo más allá de sus propios ojos; que, en ocasiones, el valor de un hombre no puede percibirlo el ojo de mortal, por lo que debe buscar una perspectiva desde el cielo.

En este sentido, la pedagogía constituye un sendero al que se da inicio únicamente a través de un sueño: un sueño en que seamos capaces de construir una sociedad dueña de sus actos y propietaria de su razón. Se deja mucho en el camino por dedicarse a esta contienda, noble a la vez que ingrata. Sin embargo, también se recogen los frutos maduros al final del camino. Muchos de nosotros llegamos hasta aquí con la aspiración de dedicarnos a nuestras áreas disciplinares. No obstante, el quehacer docente nos envolvió en alguna parte del viaje, como una amante renovada que exalta el corazón con sus bondades. Es una gran recompensa el lograr nuevos aprendizajes, construir anécdotas dignas de recuerdo en el aula y el reconocimiento de los estudiantes. Esto nos brinda la certeza de que, si bien existe la posibilidad de que en algún momento ya no nos dediquemos más al ejercicio de la docencia, siempre tendremos virtudes nacidas de nuestra labor que agradecer.

Este agradecimiento, en efecto, es multidireccional. Por mi parte, debo agradecer con la extensión de la eternidad a la gran familia que hemos construido todos nosotros. Si bien ahora caminamos por veredas distintas, siempre estaremos unidos por un mismo corazón y espíritu. Agradezco a mis compañeros, que lo fueron en todo el sentido de la palabra, merced a mi generación: Eva, Lily, Norma y Gaspar, quienes siempre encontrarán en mí una compañía en tiempos aciagos, pase lo que pase. Gracias inagotables a mis profesores: profesor Cristhian Almonacid, por impulsarme a adorar la pedagogía. Profesor Sergio Armstrong, por su inteligencia colosal, que me inspiró durante todos estos años de carrera. Profesor Rafael Miranda, por su ayuda incondicional y buena voluntad, que siempre se sintió como un abrazo cálido. Profesor Javier Agüero, por su disposición a discutir sobre la contingencia con una lucidez abrumadora. Profesor Gonzalo Núñez, por guiarme y aconsejarme en todos los procesos de mi tiempo de estudio. Profesor Esteban, por ayudarme a recuperar el espíritu crítico a la vez que sensible. Profesora Lorena, por dictarme en la primera clase las directrices

de la metafísica, que fue uno de mis ramos favoritos. Profesor Antonio Calderón, por el tiempo compartido. A todos los profesores que alguna vez nos acompañaron y también a los que ya no están, muchas gracias. Tía Marita, no tengo palabras para agradecerle todo. Gracias a mi queridísima profesora Mónica, a quien todos adoramos de forma inagotable. Y, por último, gracias a mi familia, que desde siempre me ha acompañado y puesto el hombro. A mi madre, que es la mujer más bondadosa que conozco, a mi tío Juan Carlos por acompañarme en este momento tan importante, a mi abuelita, por ser la madre de todos mis sentimientos y, sobre todo, a mi abuelo, quien ya no me acompaña físicamente, pero sé que habita en el sonido del agua y en la tierra fértil.

No me queda más que reiterar un abrazo para todos ustedes, cuyas capacidades, miedos y sentires conozco perfectamente. Los acompaño en la dificultad que acarrea encausar a los jóvenes en su capacidad crítica y sus necesidades espirituales, cuando a veces ni siquiera podemos encausarnos a nosotros mismos. Espero de todo corazón que aquel sueño primigenio que nos hizo dirigirnos hasta aquí nos ayude siempre a encontrar el norte, en cuyo horizonte veremos amaneceres blancos.